

RESEÑAS

ARIEL DORFMAN Y ARMAND MATTELART,

Para leer al Pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo. Ed. Siglo XXI, México, 1972, 160 pp.

Sabido es que las historietas cómicas son uno de los canales más efectivos en las comunicaciones de masa para la inserción de propaganda política y la manipulación ideológica; existen numerosos estudios sociológicos que así lo atestiguan. Sin embargo, creo que la simple observación es suficiente para convencernos de esta verdad en este caso, y las citas estarían por demás.

Para Leer al Pato Donald es un valiente desenmascaramiento de la hipocresía encubierta y el escamoteo, a toda costa, de la realidad que nos rodea. Las “ideas” (estratagemas) allí expuestas, conllevan “conceptos” muy trabajados y preparados especial, aunque quizá inconscientemente, para que, nos impacten de una determinada manera. Se trata de que el mundo no cambie, de que nada se mueva, porque todo está muy bien y las cosas deben seguir como están. Es decir, se trata de que no haya desarrollo (para nosotros que somos pueblos subdesarrollados: Aztecland, Inestablestán, Esfingelandia, Lejanostán, etc.), porque, como ya dijimos, todo está muy bien así y esto permite que nuestra explotación continúe. Se intenta, en fin, que para nosotros no haya educación, ni liberación económica ni cultural, ni avance social. Debemos permanecer como “buenos salvajes” y no cuestionar nuestro medio ni substituir lo extraño con lo propio; debemos seguir entregando dócilmente nuestras riquezas a cambio de productos manufacturados en el exterior. Hacer lo contrario sería inconveniente para quienes nos explotan y explotan nuestros recursos con óptimas ganancias. En el mundo de Disney, aparecemos como seres y países congelados en la historia, sin vínculos con el pasado y sin participación posible en el porvenir. Así les conviene que nos quedemos. Además, se nos ridiculiza, se nos minimiza, “se convierte a nuestros defectos de proletariado mundial, producto de la explotación, en taras, en objeto de risa y en argucias para no perturbar esa explotación” (la cita no es textual). Se nos induce a asimilar el modo en que la metrópoli (USA en este caso) nos exige que nos representemos nuestra propia realidad para su propia salvación. La relación que se establece entre los niños-adultos que vienen -casi siempre a la búsqueda de oro o de tesoros escondidos (materia prima)- con su civilización y su técnica y los niños-buenos-salvajes que aceptan la autoridad extranjera y entregan sus riquezas, se revela claramente como la relación entre la metrópoli y el satélite, entre el imperio y su colonia, entre los dueños y sus esclavos.

Los simpáticos animalitos de Disney, “inocentes y buenos”, vistos bajo esta luz, quedan al descubierto y se convierten en seres poco menos que monstruosos, aunque nunca pierden su disfraz de ternura y bondad.

Sin embargo, los autores no culpan a Disney como al autor que premeditadamente altera un contenido o maliciosa y conscientemente prepara un material. Disney es coherente -afirman- con el sistema en el que vive, y éste genera automáticamente los mitos que le permiten funcionar; así, Disney es el producto natural de una mentalidad y de una sociedad. Pero eso sí, una mentalidad (un sueño de opio), “the american way of life”, que les interesa mantener así, fortalecerla y exportárnosla para que la adoptemos como propia, pese a que es contraria a nosotros. Los “inocentes” personajes de Disney son una coartada perfecta, puesto que nadie los cuestiona (eso se creían), y además son un gran negocio. Después de Estados Unidos, México es el principal consumidor de historietas cómicas en el mundo. Y es que en México no son sólo los niños, de ninguna manera, quienes leen y son afectados por la lectura de historietas. No sabemos el porcentaje, pero el índice de lectores es sin duda muy elevado; además, recordemos que nuestro país está formado, en su mayoría, por adolescentes y jóvenes. Hacia ellos va dirigido el golpe, y ellos son quienes lo reciben. Nada se ha hecho por contener ese alud de propaganda que intenta mediatizamos y manejamos al antojo de nuestros explotadores.

Con el presente estudio, quedan al descubierto las argucias subterráneas producidas por un sistema que para mantenerse y salvaguardar sus conveniencias, nos bombardea e inunda (qué extraña similitud con Vietnam) con su propaganda, empleando para ello nuestros propios medios de difusión.

No obstante, detectar el problema no es de ninguna manera todo el asunto, aunque sea bastante. El verdadero centro de la cuestión, a mi parecer, es contrarrestar una influencia nefasta por medio de producciones propias

que llenen nuestros canales de difusión con elementos que expresen y/o reafirmen -nuestras ideas, nuestra idiosincrasia y nuestros intereses propios. Es algo muy parecido a lo que sucede con nuestra tecnología, más bien, “su” tecnología, de la que no debemos seguir dependiendo y la que tampoco podemos rechazar sin más, puesto que no contamos con una propia ni adecuada realmente a nuestras necesidades. No se trata tampoco de trabajar con una tecnología obsoleta, lo cual resentiríamos aún más. El problema es dominar y adaptar la tecnología extranjera, incluso la más avanzada, y aplicarla en nuestro propio beneficio y someterla a nuestro control.

Por otra parte, la tendencia a la lectura de historietas existe y sería difícil erradicarla. No se puede -creo- prohibir una revista tal sin más (¡qué ganas!), y menos cuando los argumentos con los que se cuenta podrían ser inaceptables y no válidos para los fervientes partidarios de las revistas Disney. Es preciso, pues, no suprimir, que sería un proceso hartamente difícil, sino sustituir por lo nuestro, tarea que parece ser nuestro futuro en casi todos los aspectos. Debemos generar y difundir entre nosotros nuestras propias ideas y hacer circular entre nosotros nuestra propia realidad y no otra, porque de otra manera seguiremos importándolo todo. Nuestra dependencia cultural es mucho más profunda y arraigada de lo que muchos quisieran reconocerlo y una buena muestra de ello son precisamente las historietas cómicas que leemos desde niños y que nos afectan (como los anuncios) desde muy al principio.

Es de toda justicia, y un indicio de esperanza, señalar que en algún aspecto contamos ya con un principio que, aunque precario, es de cualquier modo un principio que debemos fomentar ante el riesgo de que sea ahogado por la profusión de otros materiales nocivos. Nos referimos a historietas como “Los Agachados” de Rius, revista cuyo contenido está acorde con nuestras necesidades y es reflejo bastante fiel de ellas. Se nos habla ahí de nuestros deficientes hábitos alimenticios, de nuestra pobre cultura general, de nuestra dependencia y de nuestra pobreza, de la corrupción que padecemos en todos los niveles y a la que en muy buen grado coadyuvamos con nuestra pasividad e incluso con nuestra participación. Se nos habla, en fin, de nuestra verdadera condición sin engaños y sin tapujos, sin glamour y sin mentiras subrepticias y tendenciosas. El talento incisivo de Rius nos compele a conocernos a través de la risa, de la ironía y hasta de la burla por nosotros mismos. Todo ello implica un proceso lento, arduo y a veces doloroso de autoconocimiento. Eso es mejor, mucho mejor, que huir de la realidad y disfrazarla y deformarla para que no nos angustie, y recurrir a la lectura de unos absurdos patitos que además implican “mensajes” contrarios a nosotros mismos. “Los Agachados” es algo nuestro que, dentro de su modesto marco y posibilidades, nos incita al cambio; un llamado a educarnos, a estar informados, a superarnos y a superar nuestros hábitos más desafortunados. Disney es una importación más e implica todo lo que hemos mencionado. En este contexto también podríamos citar a “La Familia Burrón” como una historieta que enmarca nuestra realidad, pero Gabriel Vargas no parece tener una idea tan clara ni un juicio crítico tan profundo de nuestras necesidades y por ello se queda muy por debajo de la revista de Rius. Otro caso similar es “Chanoc”, pero tiene los mismos inconvenientes que “La Familia Burrón”. Pese a todo, algo es algo y bienvenido es.

¿Y las historietas son el único medio que se usa contra nosotros en este sentido? Todos sabemos que no y que sucede lo mismo con las series filmadas para televisión y muchas de las películas comerciales, artículos éstos que tampoco resistirían un análisis similar al que han sido sometidas las revistas de Disney, pues en estas películas predominan también las ideas que subyacen en las historietas. El tratamiento es más o menos el mismo y las deformaciones están ahí, bien escondidas y acechándonos. Aquí también esperamos análisis profundos que lleguen al fondo y desenmascaren lo escondido como lo han hecho los autores de este libro.

Pero el libro chileno pone en evidencia muchas, muchas otras implicaciones no tratadas aquí y merece ser leído. Lo único que es de lamentarse es que el enfoque del análisis parezca ir dirigido a estudiantes de sociología o psicología. Ciertamente se trata de un fenómeno sociológico; sin embargo, creo que debería haber sido escrito, especialmente, para nuestros maestros de primaria y secundaria, y aun de preparatoria y universidad.

FRANCISCO GONZÁLEZ ORTIZ.